

ron más de una profunda herida. La sangre corría á torrentes por encima de las monturas; así procuraban quedar honrados aquellos caballeros bravos y buenos.

Las aceradas armas se sentían crujir en las manos de los guerreros, con más vigor allí donde se hallaban los del Niderland; precipitábanse en pos de su jefe detrás de los escuadrones y llegaban heroicamente al par que Sigfrido.

Ni uno solo de los del Rhin podía seguirlos: á través de los relucientes yelmos se veía correr la sangre á los golpes de Sigfrido, que no paró hasta que vió á Ludegero delante de los suyos.

Tres veces seguidas se había abierto camino por en medio de todo el ejército; entonces llegó Hagen y lo ayudó á desahogar su cólera en el torbellino. Más de un noble caballero fué víctima de sus golpes.

Cuando el fuerte Ludegero vió á Sigfrido teniendo levantada la buena espada Balmung, que mataba á tantos de sus hombres, la cólera del jefe fué terrible.

Aquello era una horrible confusión y un ruido formidable: las huestes se atropellaban las unas sobre las otras; los caballeros se buscaban cada vez con más ardor; los escuadrones comenzaron á replegarse: un odio feroz animaba á los combatientes.

Al jefe de los Sahsen habían dado la noticia de que su hermano estaba prisionero, la cual le afligió mucho: sabía que solo el hijo de Sigelinda podía haber realizado tal hazaña. Se lo atribuían á Gernot, pero la verdad se supo luego.

Eran tan fuertes los golpes que Ludegero daba con la espada, que el caballo de Sigfrido cayó bajo la montura; pero luego que se hubo levantado, el héroe desplegó en el combate una fuerza espantosa.

Le ayudaban Hagen y también Gernot, Dankwart y Volker á cuyos tajos murieron muchos. Sindoldo, Hunoldo y Ortwein el atrevido, mataron á no pocos enemigos en el combate.

En lo más terrible de la acción, los jefes permanecieron siempre juntos. Por encima de los yelmos, á través de los relucientes escudos, se vió como los guerreros lanzaban

gran número de javelinas. Muchas bruñidas rodelas quedaron manchadas de sangre.

En aquella furiosa tormenta muchos guerreros caían de sus caballos. Uno sobre el otro se precipitaron Sigfrido el valiente y el rey Ludegero. Se veían volar las astas y los hierros de más de una aguda lanza.

A un golpe de Sigfrido voló en pedazos la abrazadera del escudo; pensó el héroe del Niderland que iba á obtener la victoria sobre los Sahsen que hormigueaban allí. ¡ Ah! ¡ cuántas brillantes cotas destrozó el terrible Dankwart!

En el escudo que llevaba al brazo Sigfrido, distinguió el rey Ludegero una corona grabada; en esto reconoció que era el hombre formidable y comenzó á gritar en alta voz á los suyos.

« ¡ Cesad de combatir todos los que me habéis seguido! He visto aquí el hijo del rey Sigemundo, he conocido al fuerte Sigfrido: un mal demonio debe haberlo lanzado en contra de los Sahsen. »

En el rigor del combate hizo plegar las banderas, pues deseaba la paz y le fué concedida, pero debía ser conducido prisionero al país del rey Gunter; la mano de Sigfrido lo había domeñado.

Por acuerdo de uno y otro bando cesó el combate; sus manos abandonaron yelmos y escudos agujereados por todas partes; los que se veían presentaban marcadas señales de los golpes de los Borgoñones.

Estos hicieron prisioneros á cuantos quisieron. Gernot y Hagen dieron orden para que los heridos fueran conducidos en angarillas y con ellos llevaron prisioneros hacia el Rhin más de quinientos hombres.

Los vencidos se encaminaron á Dinamarca. Los Sahsen habían combatido tan bien que fueron dignos de alabanza; esto causaba pesar á los guerreros. Los que habían quedado en el campo fueron llorados por los héroes.

Los vencedores condujeron sus armas hacia el Rhin; con su valor las había conquistado el fuerte Sigfrido: lo había hecho con gran valentía; todos los hombres del rey Gunter tenían que concederlo.

El rey Gernot envió sus huestes hacia Worms encargán-

doles dijeran en el país el éxito tan grande que él y todos los suyos habían conseguido.

Las noticias corrieron con gran rapidéz; los que antes experimentaban algún cuidado, se tranquilizaron llenos de alegría por las felices nuevas que habían llegado. Las nobles mujeres quisieron saber también

¿Cómo se han portado los héroes del valiente rey? Uno de los mensajeros compareció ante Crimilda; esto se llevó á cabo sin que nadie lo supiera: de otro modo no se habría atrevido, porque entre los guerreros se encontraba aquel por quién su corazón estaba interesado.

Cuando vió que el mensajero se acercaba á su cámara la hermosa Crimilda le dijo en tono cariñoso. «Dame ahora noticias tan deseadas; si no me engañas, te regalaré oro y te favoreceré siempre.»

«¿Cómo han salido del combate mi hermano Gernot y mis demás amigos? ¿No nos han matado á ninguno? ¿Quién se portó mejor? Contéstame á todo esto.» El leal mensajero dijo: «No hemos tenido un solo cobarde.

«Además de esto, en el rigor del combate nadie avanzó tanto, elevada princesa, por que hay que decirlo, como el noble extranjero que vino del Niderland. La fuerza del atrevido Sigfrido ha realizado maravillas.»

«Lo que todos los demás héroes han hecho en la pelea, Dankwart, Hagen y los demás soldados del rey, aunque se han batido según prescriben las reglas del honor, es aire si se compara con lo hecho por Sigfrido el hijo del rey Sigemundo.»

«En el fragor de la batalla han derribado á muchos héroes, pero nadie os podrá decir los prodigios que ha realizado Sigfrido en lo más terrible del combate. A las mujeres y á los parientes de los enemigos, ha causado grandes aflicciones.»

«Allí quedan los amados de muchas mujeres. Sobre sus yelmos caían formidables golpes que abrian anchas heridas, de las que la sangre manaba á torrentes. Es por todos conceptos un atrevido y buen caballero.»

«Grandes proezas ha realizado Ortewein, señor de Metz; los que alcanzaba con su espada, quedaban heridos mor-

talmente. Grandes pérdidas les hizo experimentar también vuestro hermano.»

«Jamás en los combates tenidos hasta ahora se sufrió tanto. Debe decirse la verdad de aquellos hombres escogidos; de tal modo se han portado los fieros Borgoñones, que su honor queda al abrigo de toda sospecha.»

«Por sus manos han quedado vacías muchas monturas y á los golpes de sus espadas la llanura retemblaba con extrépito. Los guerreros del Rhin se han portado de tal modo que más valía á sus enemigos no haberlos visto.»

«También los valientes de Troneja hicieron grandes destrozos, cuando los ejércitos chocaron en apretadas masas. A muchos dió muerte el valiente Hagen, mucho habrá que contar aquí en el país de Borgoña.»

«Sindoldo y Hunoldo, los guerreros de Gernot y el valiente Runoldo, han hecho tanto que para siempre sentirá el rey Ludegero haber provocado á los guerreros del Rhin.»

«Pero el hecho de armas más notable que puede haber ocurrido, el primero y el último que en cualquier tiempo se haya visto, lo ha llevado á cabo el heroico brazo de Sigfrido y trae gran número de prisioneros al país del rey Gunter.»

«Con la violencia de su fuerza los ha cogido el valeroso héroe; el rey Ludegero debe sentirlo mucho, así como también su hermano Ludegasto del país de los Salsen. Escuchad mis noticias noble reina.»

«El valor de Sigfrido domeñó á los dos: nunca se han traído á este país tantos prisioneros como caminan ahora hacia el Rhin á causa de tan brillante campaña. Ningunas noticias podían serles tan gratas.»

«Sin heridas traen unos quinientos ó más, y heridos, sabedlo noble reina, traen más de ochenta carretas teñidas con su sangre. La mano del atrevido Sigfrido ha herido al mayor número de ellos.»

«Los que en su osadía se atrevieron á insultar á los del Rhin, son ahora prisioneros del rey Gunter y con grande alegría los conducen hacia aquí.» Preciosos colores asomaron á sus mejillas al escuchar esta noticia.

Su bello rostro tornóse rosa al saber que el valiente Sig-

29326

frido se había portado dignamente en el combate. También se alegró por sus fieles, pues había motivo para hacerlo.

La hermosa habló así: « Tú me has traído buenas noticias: yo te daré en recompensa un hermoso traje y además diez marcos de oro. » Con gusto se dan noticias a damas de esta clase.

Le dió por recompensa al mensajero el oro y el traje. Luego muchas hermosas jóvenes se asomaron á las ventanas mirando hacia el camino que debían traer los más bravos héroes del país de Borgña.

Primero llegaron los que habían salido ilesos, enseguida los heridos. En verdad que podían escuchar las aclamaciones de sus deudos sin avergonzarse; el jefe marchaba delante de los extranjeros cambiado en alegría su pesar profundo.

Recibió con agrado á los suyos é hizo lo mismo con los extranjeros; justo era que el poderoso rey diera las gracias bondadosamente á los que habían acudido á su llamamiento por cuanto con los suyos habían conseguido aquella gloriosa victoria.

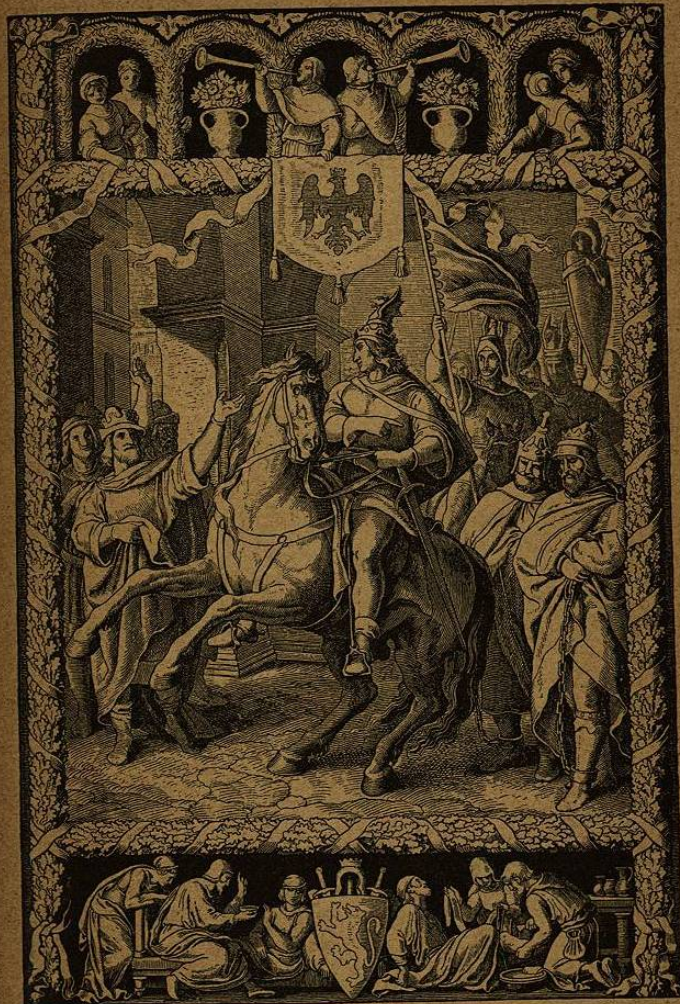
El rey Gunter quiso saber noticias de sus amigos muertos en la expedición. Solo había perdido sesenta hombres; debían llorarlos como después hicieron con muchos héroes más.

Los que no habían recibido daño ninguno, pudieron llevar al país de Gunter muchos escudos bollados, muchos yelmos hundidos.

El ejército se apeó de los caballos frente al palacio del rey y en aquella amistosa recepción se escucharon muchos gritos de alegría.

Dieron alojamiento en la ciudad á los guerreros y el rey pidió que los trataran con el mayor cuidado. Mandó que cuidaran á los heridos con el mayor esmero, proporcionándoles todas las comodidades necesarias. Bien pudo también apreciarse su deferencia para con los enemigos.

Así habló á Ludegasto: « ¡ Sednos bien venido! Mucho he tenido que sufrir por vuestras faltas; de ellas podré conseguir satisfacción si la suerte no me abandona; Dios recompense á mis fieles; se han portado muy bien conmigo. »



« Bien podéis darle las gracias » dijo Ludegero. « Jamás un rey logró hacer cautivos de tanta importancia: os haremos ricos presentes por que nos traten bien y para que obréis con magnanimidad con vuestros enemigos. »

« Os dejaré ir libremente á los dos » respondió el rey, « pero es menester que en gajes queden aquí mis enemigos los cuales no abandonarán el país sin mi consentimiento. » Ludegero le estrechó la mano.

Lleváronlos á que reposaran y les proporcionaron todo género de comodidades. Dieron á los heridos cuanto les era necesario y á los sanos hidromel y vino. Nunca hubo huéspedes que vivieran con tanta alegría.

Recogieron los escudos rotos y muchas monturas ensangrentadas quitándolas de la vista, para que las mujeres no lloraran. Muchos buenos caballeros volvian sumamente fatigados.

El rey recibió á los huéspedes bondadosamente; de amigos y de extranjeros estaba lleno el país. Hizo curar con esmero á los que tenían graves heridas; habían domeñado mucho su altiva arrogancia.

Ofrecieron ricas recompensas á los sabios en el arte de curar, plata sin pesar y brillante oro para que vendaran á los heridos en el peligro del combate. Además el rey ofreció á sus huéspedes magníficos regalos.

A los que las fatigas del viaje impedían volver á sus casas, los invitaban á descansar como se hace con los amigos. El rey pidió consejo acerca de la mejor manera de recompensar á los que con tan grande honor lo habían servido.

Entonces dijo Gernot: « Que los dejen marchar, pero haciéndoles saber que dentro de seis semanas tienen que venir para una gran fiesta: muchos de los que ahora sufren por sus heridas estarán curados. »

También deseaba marchar Sigfrido el del Niderland. Cuando el rey Gunter lo supo, le suplicó muy cariñosamente que permaneciera aún á su lado: sino hubiera sido por la hermana del rey, nunca lo habría hecho.

Era muy rico para aceptar una recompensa; pero ¡bien lo había merecido! El rey le estaba muy agradecido y sus

parientes también, pues ellos habían visto lo que el brazo de Sigfrido realizara en el combate.

Decidió quedarse por lograr ver á la hermosa joven: esto sucedió algo más tarde. Para felicidad suya consiguió conocer á la virgen, después de lo cual marchó contento al país de su padre.

El rey en tanto recomendaba de continuo los ejercicios de la caballería; á ellos se dedicaban con ardor muchos jóvenes héroes. Con este fin hizo levantar no pocos asientos en la campiña de Worms, para todos los que quisieran venir al país de Borgoña.

Por los días en que habían de llegar supo la hermosa Crimilda que se iba á dar una suntuosa fiesta á los que habían sido fieles. Muchas mujeres hermosas desplegaron una gran actividad.

Para preparar los trajes y adornos que debían lucir. La rica Uta oyó la relación de todos los bravos guerreros que habían de venir, é hizo sacar de los cofres muchos magníficos vestidos.

Por cariño á sus hijos hizo preparar joyas y trajes, siendo así adornadas muchas mujeres y doncellas y no pocos guerreros Borgoñones. También hizo disponer para los extranjeros magníficos equipos.

V.

DE COMO SIGFRIDO VIÓ Á CRIMILDA POR PRIMERA VEZ.

CONTINUAMENTE se veían marchar hacia el Rhin á los que deseaban concurrir á la fiesta. A cuantos llegaban atraídos por el cariño hacia el rey, se les ofrecían caballos y vestidos.

Mesas y bancos estaban preparados para los más ilustres y los más bravos, como ya se ha dicho; treinta y dos

principes vinieron á la fiesta. Las mujeres se adornaban á porfia para recibirlos.

No se permitió un momento de reposo el joven Geiselher. Los que ya eran conocidos y los extraños fueron recibidos cordialmente por él, por Gernot y por sus hombres. Saludaban á los héroes en la forma que les correspondía según su clase.

Estos traían al país muchas monturas de oro rojo; llevaban al Rhin cincelados escudos y magníficos vestidos. Muchos aun no gozando de buena salud, experimentaron grandísima alegría.

Los que tenían que permanecer en el lecho á causa de sus heridas, se olvidaban de cuan amarga es la muerte. Los tullidos y los enfermos dejaban de quejarse: la noticia de la fiesta de aquellos días les alegraba mucho.

¡ Iban á vivir en la dicha! Placeres sin cuento y alegrías superiores á sus fuerzas tenían que experimentar todos los que allí vivían. Grande era el contento que reinaba en todo el país de Gunter.

En la mañana del día de Pascua, se acercaron hacia el lugar de la fiesta, brillantemente vestidos, muchos héroes valerosos, cinco mil ó más. En más de un sitio comenzaron ya las diversiones.

El jefe sabía demás cuanto y cuan noblemente el héroe del Niderland amaba á su hermana, á la que todavía no había visto; pero en la que más que en ninguna otra joven se debía amar á la belleza.

Así dijo al rey Ortewein, señor de Metz: « Si queréis conseguir gran honor con esta fiesta, dejad que sean admiradas las más hermosas jóvenes que son el orgullo de Borgoña. »

« ¿ Qué alegría ni que felicidad podría experimentar el hombre, sino existieran hermosas vírgenes y encantadoras mujeres? Dejad que vuestra hermana aparezca á la vista de vuestros huéspedes. » El consejo no podía ser más halagüeño para muchos héroes.

« Lo haré con mucho gusto » respondió el rey. Todos los que lo escucharon no pudieron menos de manifestarse muy contentos. Suplicó luego á la reina Uta y á su her-